

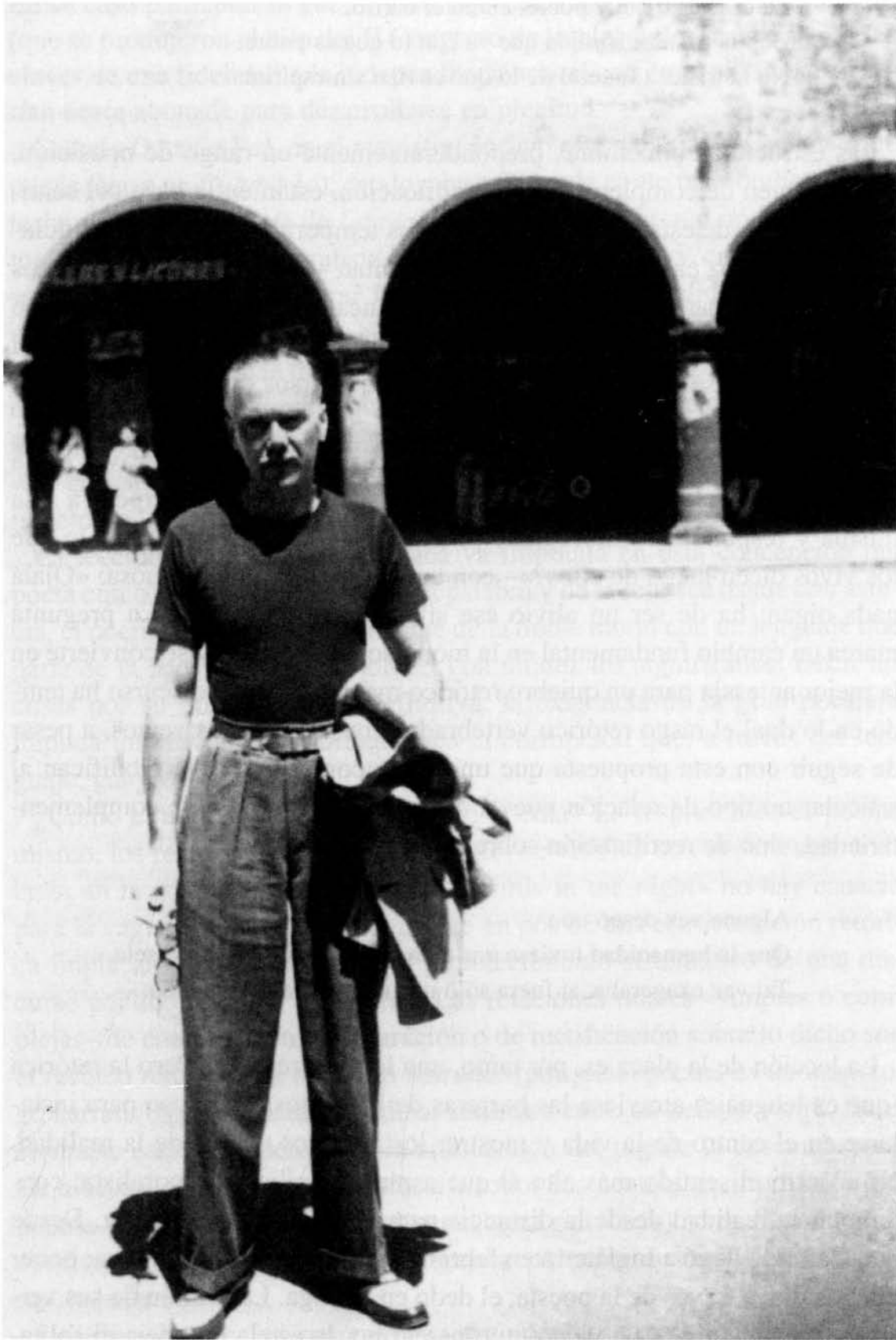
La casa es triste y pobre, como el barrio,
 Con la tristeza sórdida que va con lo que es pobre,
 No la tristeza funeral de lo que es rico sin espíritu.

Las estructuras bimembres preponderantemente en rango de oposición, pero también de complemento o amplificación, están en la base del sentido. A lo largo de esta parte distintos planos temporales y distintas modulaciones de la voz enunciativa se complementan –unos con unos y los unos con las otras– para acabar fraguando una línea ascendente no en el relato de la anécdota (la colocación de la placa), sino en la intensidad emocional de aquello que se está narrando; la retahíla de versos que va del quince al cuarenta y nueve no tiene otro objetivo.

La segunda parte del poema impone un discurso irritado a través de la modificación del tono. Una conciencia insobornable se interpela a ella misma y responde al interrogante planteado –«¿Oyen los muertos lo que los vivos dicen luego de ellos?»– con una lucidez agria y pasmosa: «Ojalá nada oigan: ha de ser un alivio ese silencio interminable». La pregunta marca un cambio fundamental en la modulación de la voz y se convierte en la mejor antesala para un quiebro retórico magnífico. Si el discurso ha tenido en lo dual el rasgo retórico vertebrador, los tres últimos versos, a pesar de seguir con esta propuesta que unifica la composición, la modifican al articular un tipo de relación nueva. No es de oposición ni de complementariedad, sino de rectificación sobre lo dicho.

Alguna vez deseó uno
 Que la humanidad tuviese una sola cabeza, para así cortársela.
 Tal vez exageraba: si fuera sólo una cucaracha y aplastarla.

La lección de la placa es, por tanto, una lección retórica. Pero la retórica (que es lenguaje) atraviesa las barreras de los libros en desuso para instalarse en el centro de la vida y mostrar los agujeros negros de la realidad. No es otro el sentido más alto al que aspira el exiliado y moralista: contemplar la realidad desde la distancia para enjuiciarla con lucidez. Desde que Cernuda llegó a Inglaterra en febrero de 1938 no haría otra cosa: poner día tras día, a través de la poesía, el dedo en la llaga. La lección de sus versos –el testimonio de la vida de un peregrino, la estela que deja el solitario– sigue siendo hoy su mejor legado.



Luis Cernuda en México, años 50